

bios, y pobres de corazón á los ricos. Los Magos son todo esto á la vez.

La simpatía es necesaria para una vida de amor, porque endulza los sacrificios y asegura su constancia; la simpatía, en una palabra, es la verdadera prueba del amor y la garantía de su duración. El amor que no es simpático todavía, es una virtud laboriosa, sublime algunas veces, pero privada del gozo y de los encantos de la amistad.

El cristiano, llamado á vivir del amor hacia Dios, tiene necesidad de esta simpatía de amor. Ahora bien; en la Santa Eucaristía es donde Nuestro Señor Jesucristo nos da ese dulce testimonio de que nos ama personalmente como amigos suyos; allí es donde permite que nuestro corazón descanse un poco sobre el suyo, como lo consintió al Discípulo amado; allí es donde nos hace gustar, de paso al menos, la dulzura del Maná celestial; allí es donde hace que nuestro corazón experimente la alegría de poseer á su Dios, como Zaqueo; á su Salvador, como la Magdalena; al que constituye su felicidad y su todo, como la Esposa de los Cantares; allí es donde se lanzan estos suspiros de amor: ¡Oh, cuán suave sois, Dios mío! ¡Qué bueno, qué tierno eres, Jesús de mi corazón, para quien te recibe con amor!

Pero la simpatía del amor no se detendrá en el goce. Es una hoguera que el Salvador ha encendido en el corazón simpático: *Carbo est Eucharistia quae nos inflammat*; el fuego es activo, todo lo invade. Así también el alma, bajo la influencia eucarística, siéntese impulsada á exclamar: «¿Qué haré yo, ¡oh Dios mío!, en cambio de tanto amor?» Y Jesús responde: «Tienes que imitarme, debes vivir de mí y para mí.» La transformación será fácil; en la escuela del

amor—dice la *Imitación de Cristo*,—no se anda paso á paso: se corre, se vuela: *Amans cu rit, volat*.

2.º El amor se manifiesta, en segundo lugar, por lo absoluto del sentimiento; quiere dominarlo todo, ser dueño único y absoluto del corazón. El amor es *uno*; tiende á la unidad; la unidad es su esencia; absorbe ó es absorbido.

Esta verdad brilla con todo su esplendor en la adoración de los Magos. Apenas han encontrado al regio Niño, cuando sin atender á lo indigno del lugar, á los animales que allí están y lo hacen repulsivo; sin pedir prodigios al cielo ni explicaciones á la Madre; sin examinar siquiera por curiosidad al Niño, caen súbitamente de rodillas y le adoran profundamente. Adoran *sólo* al Niño, no ven otra cosa que su infantil Persona, ni han venido por otra cosa que por Él. El Evangelio no menciona siquiera los honores que debieron tributar á su Santa Madre; en presencia del sol, todos los astros se eclipsan; la adoración es *una*, como el amor que la inspira.

Ahora bien; la Eucaristía es lo absoluto del amor de Jesucristo para con el hombre, puesto que es la quinta esencia de todos los misterios de su vida como Salvador. Todo lo que hizo Jesucristo desde la Encarnación hasta la Cruz, tenía por fin el don de la Eucaristía, su unión personal y corporal con cada uno de los cristianos, mediante la comunión; Jesús veía en la comunión el medio de comunicarnos todos los tesoros de su Pasión, todas las virtudes de su santa Humanidad, todos los méritos de su vida. Este es el prodigio del amor. *Qui manducat meam carnem, in me manet, et ego in eo*.

La Eucaristía debe ser también lo absoluto de nuestro amor á Jesucristo, si queremos llegar por

nuestra parte al fin que se propuso en la comunión, es á saber, la transformación de nosotros en Él mediante la unión. La Eucaristía debe ser, pues, la ley de nuestras virtudes, el alma de nuestra piedad, el deseo supremo de nuestra vida, el pensamiento real y dominante de nuestro corazón, la insignia gloriosa de nuestros combates y sacrificios. Sin esta unidad de acción no llegaremos nunca á lo absoluto del amor; pero con ella, nada ni más dulce, ni más fácil: contamos entonces con todo el poder del hombre y con todo el poder de Dios, trabajando de consuno para consolidar el reinado del amor. *Dilectus meus mihi, et ego illi.*

3.º Finalmente, el amor se manifiesta por el obsequio, por el regalo. La perfección y el valor del don que se hace es la medida de la perfección del amor. El escritor sagrado entra aquí en pormenores, describiendo la calidad y las circunstancias de los dones ofrecidos por los Magos: «Y abriendo — dice — sus tesoros, le ofrecieron oro, incienso y mirra.»

El oro, que es el tributo destinado á los Reyes; la mirra, que se emplea para honrar la sepultura de los grandes; el incienso, emblema del homenaje debido á Dios. O más bien, estos tres dones representan toda la humanidad á los pies del Niño-Dios: el oro significa el poder y la riqueza; la mirra, el sufrimiento; el incienso, la oración.

Así, pues, la ley del culto eucarístico empezó en Belén para perpetuarse en el cenáculo de la Eucaristía. Los Reyes comenzaron; nosotros debemos continuar sus homenajes. Jesús Sacramentado necesita oro, porque es el Rey de los Reyes; necesita oro, porque tiene derecho á un trono más espléndido

que el de Salomón; necesita oro para sus vasos sagrados, para su altar. ¿No habrá de ser mejor tratada la Eucaristía que lo fué el Arca, hecha de oro purísimo, hecha del oro que proporcionó el pueblo fiel?

Jesús eucarístico necesita mirra, no para Él, puesto que ya consumó el sacrificio sobre la cruz, y la Resurrección glorificó su Cuerpo divino y su sepulcro sagrado. Pero, habiéndose constituido víctima nuestra perpetua sobre el altar, esta víctima necesita sufrir, pero en nosotros y por nosotros; ella encuentra de nuevo la sensibilidad, la vida y el mérito de su sufrimiento en nosotros, que somos sus miembros: nosotros la completamos, y le conferimos su verdadera cualidad actual de víctima inolada.

También se le debe el incienso. El sacerdote se lo ofrece todos los días. Pero quiere además el incienso de nuestras adoraciones, á fin de darnos en cambio sus bendiciones y sus gracias.

¡Felices, pues, nosotros que podemos, por la Eucaristía, compartir la dicha de María, de los Magos y de los primeros discípulos que obsequiaron con sus dones á Jesucristo! En la Eucaristía se nos ofrece ocasión de socorrer también la pobreza de Belén. Si, todos los bienes de la gracia y de la gloria nos vienen por conducto de la divina Eucaristía; todos ellos tienen su origen y manantial en Belén, convertido en el cielo del amor; se acrecentaron durante la vida del Salvador; y todos estos ríos de gracias, virtudes y méritos, desembocaron en este océano del Sacramento adorable, en el cual los tenemos nosotros en toda su plenitud.

Pero de la Eucaristía proceden asimismo nuestros deberes: el amor de la Eucaristía nos obliga á una

generosa correspondencia. Los Magos son nuestros modelos, los primeros adoradores; permanezcamos dignos de su regia fe hacia Jesucristo; seamos los herederos de su amor, y algún día llegaremos á serlo de su gloria. *Amén.*



LA FIESTA DEL CORPUS CHRISTI

*Hæc est dies quam fecit
Dominus.*

«Este es el día que hizo
el Señor.»

(PSALM. CXVII, 24.)

Dios los días proceden de Dios: su bondad es la que mantiene la admirable sucesión de los mismos. Sin embargo, Dios ha dejado seis de ellos al hombre para sus trabajos y necesidades, reservándose el séptimo. El domingo es, pues, más especialmente el día del Señor. Mas entre todos los días hay uno que es y se llama con más excelencia y propiedad el *día de Dios* ó el día de la *fiesta de Dios* (fiesta del *Corpus* en España). Este es verdaderamente el día que reservó Dios para sí, para su gloria y para manifestarnos su amor. ¡La fiesta del *Corpus*! ¡Día hermoso! Fiesta para Dios y también para nosotros: veamos cómo.